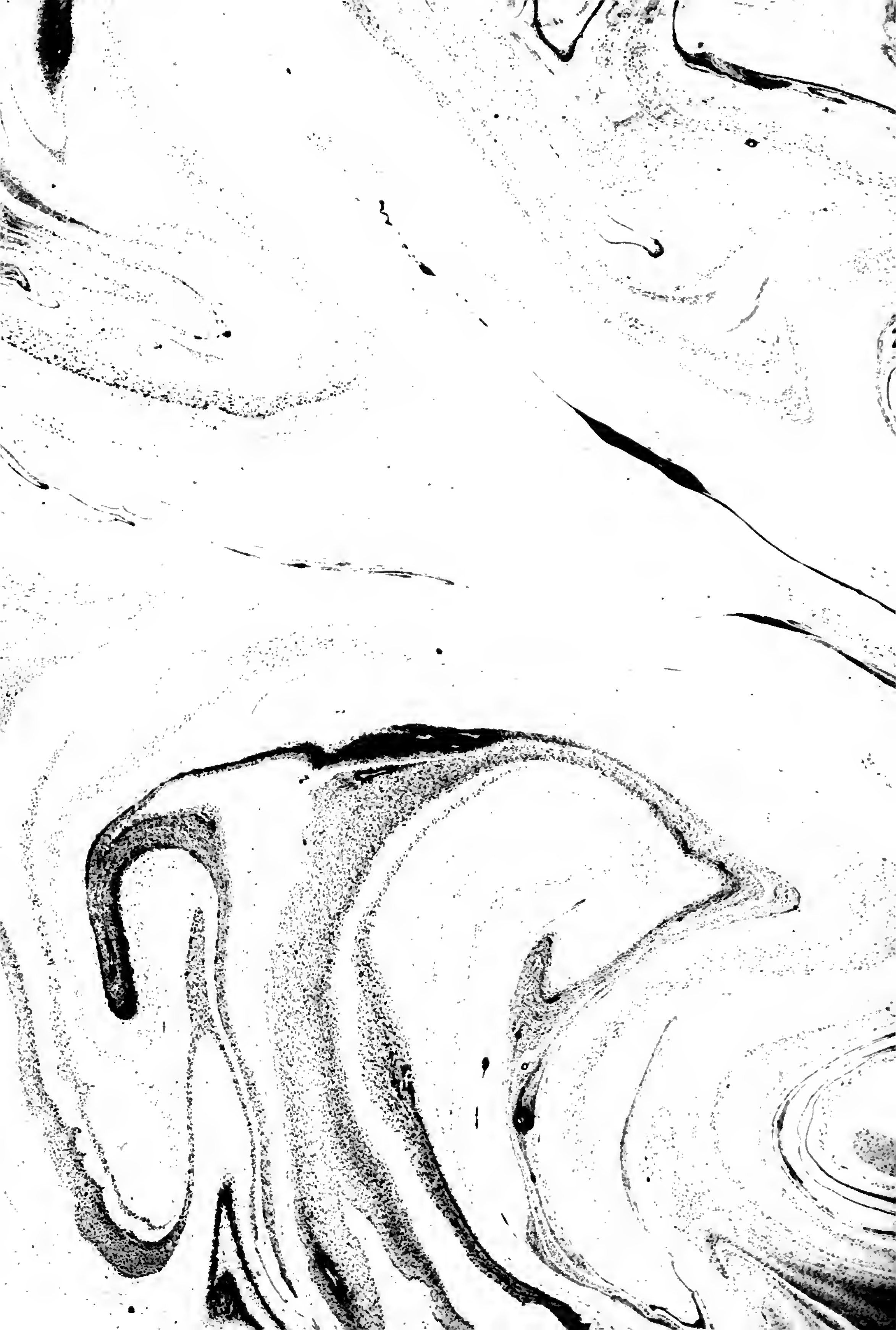
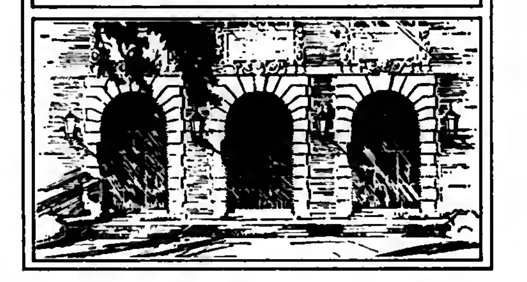








Hanuna

PEDRO PABLO FIGUEROA

UN
POETA INDÍGENA

LA RAZA NATIVA, LA LITERATURA Y LA LIBERTAD
EN AMÉRICA



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA «B. VICUÑA MACKENNA»
CALLE DE LA MONEDA, 67

1893

UN POETA INDÍGENA

PEDRO PABLO FIGUEROA

UN POETA INDÍGENA

LA RAZA NATIVA, LA LITERATURA Y LA LIBERTAD EN AMÉRICA



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA «B. VICUÑA MACKENNA»
CALLE DE LA MONEDA, 67.

1893

A los señores Generales

PORFIRIO DIAZ,

PRESIDENTE DE MÉGICO,

Y

CARLOS EZETA,

PRESIDENTE DE SAN SALVADOR,

dedico este pequeño libro, como testimonio de gratitud de chileno, por haber acogido y dispensado su protección, honrosa y justiciera, á los proscriptos de la revolución de 1891 que ha conmovido á mi patria.

Pedro Pablo Figueroa.

Santiago de Chile—1893.



Lit. H. Cadot, Estado 34.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

POETA INDIGENA MEGICANO

UN POETA INDÍGENA

LA RAZA NATIVA, LA LITERATURA Y LA LIBERTAD EN AMÉRICA

I.

UNA hoja impresa en la metrópoli universal de los Estados Unidos, EL PORVENIR de Nueva York,—bandera desplegada del pensamiento de libertad de Cuba,—nos ha comunicado la triste nueva del fallecimiento del ilustre hijo de Mégico IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, acaecido en Europa.

La personalidad múltiple del esclarecido pensador americano, ha sido tema fecundo de estudio en el debate de la prensa al bajar al sepulcro lejos de sus lares pátrios.

Había en ese descendiente genuino de las primitivas razas del continente, un conjunto de cualidades extraordinarias.

No representaba únicamente el tipo de una generación extinguida en el Nuevo Mundo, sinó que era tambien el mas curioso y notable producto de la civilización mo-

derna encarnada en una individualidad superior de la estirpe nativa del hemisferio. Altamirano era indígena de pura raza y por privilegio de su naturaleza escogida y vigorosa, había llegado á constituir en Mégico el más prominente y universal pensador contemporáneo.

Reunía facultades excepcionales de orador, legista, poeta, novelista, catedrático, periodista, militar, diplomático, folletinista y gran conversador, como si su raza entera hubiese querido demostrar en su persona los tesoros naturales que poseía sin desenvolver en su organismo poderoso.

Proveniente de una estirpe sin resabios de añejas y caducas transformaciones, conservó todas sus ingénitas independencias, tomando de la sociabilidad y de la civilización los elementos de comunicación que engrandecía con sus ideas nuevas y su ternura infinita.

No tiene la historia americana un rival tan brillante que oponer á este artista de la palabra y de la idea, que haya brotado espontáneo y luminoso, como un astro magestuoso y desconocido en la tenebrosa inmensidad avasallando los mundos, de la raza indígena y de sus mas remotas comarcas.

Sin imitar las asperezas de su raza, se pulió con el refinamiento del progreso, revelando ternezas ingénuas y descubriendo brios civilizadores invencibles y prodigiosos.

Aportó á la cultura de su patria los gérmenes poderosos de su estirpe, como elementos nuevos, puros y fecundos de un desarrollo maravilloso que encerraba todos los encantos y las fuerzas latentes de la naturaleza de su raza.

Domando voluntades, venciendo obstáculos, conquistando situaciones, á fuerza de talento, de dulzura, de explosiones de entusiasmo, de estallidos de patriotismo, de vehemencias de ternura y de caracter, recorrió las gerarquías de la sociedad, haciéndose amar y admirar, co-

sechando aplausos y encadenando corazones, sometiendo instituciones caducas y emancipando inteligencias.

Fué apostol de los dogmas de la civilización moderna, de la libertad del pensamiento y de la soberanía de la conciencia; defensor abnegado del derecho; soldado de la integridad de la patria; maestro de la juventud; representante del pueblo; luchador de la verdad y propagandista de los principios regeneradores de la humanidad; un civilizador y un creador de ciudadanos.

Puso en evidencia los tiernos sentimientos de su alma, en la aplicación de la justicia como magistrado; en la cátedra, egerciendo el patrocinio de la enseñanza; en la literatura, cultivando las inclinaciones de la virtud; en el arte, enalteciendo el deber, la gloria, el genio; en el hogar, egemplarizando por el cariño y por la moralidad; en la sociedad, clamando por el progreso.

Sólo en la guerra, lidiando por la independencia de la patria, se mostraba fiero y valeroso hasta la temeridad.

La tribuna tambien lo alzaba sobre su pedestal, cuando exigia el respeto á las leyes y la conservación de las garantías sociales.

Altamirano era un indio que valía por una generación de americanos.

II

El aislamiento en que vivimos en América los cultivadores de las letras, que á veces impide el conocimiento de los mas distinguidos ingenios, no nos había privado á nosotros de leer, estudiar y estimar al conceptuoso y elocuente poeta y publicista megicano.

Razon tenía para lamentarse Hector Florencio Varela en España, cuando decía que en Madrid los literatos ignoraban la existencia del inspirado poeta de Venezuela Heraclio Martin de la Guardia, tan célebre en el conti-

nente descubierto por el marino genoves inmortalizado en hora tardía por la justicia de las edades.

Pero, esto no debe sorprender á los hijos de América, puesto que España sólo piensa en nuestros pueblos para tenerlos como mercados de sus productos, sin demostrar interés por sus adelantos.

Las obras de los escritores del Nuevo Mundo no encuentran editores ni libreros en la península, mientras que América es el mas vasto campo de circulación y de provecho de los libros españoles.

Los grandes publicistas de Madrid, como Emilio Castelar, Ortega Munilla, Valera y otros, hace ya largos años á que obtienen pingües rendiciones de la prensa y del público lector de América.

Zorrilla vino al continente americano en pos de un bienestar que no obtenía en su patria.

Permaneció en Cuba, donde tuvo que soportar las ironías acervas de su compatriota Villergas, y en Mégico, hasta que la ola del infortunio devolvió su bajel á sus playas natales.

En Mégico han vivido varios pensadores peninsulares, entre los que debemos señalar al espiritual Federico de la Vega.

Ahora mismo, segun lo anuncia un periódico americano, prepara su viaje á Mégico el poeta Salvador Rueda, huyendo de «el triste calvario de los literatos españoles que para ganarse el sustento tienen que buscar albergue en las oficinas públicas y ser víctimas de la tiranía de los editores.»

Castelar, durantè su estadía de proscripto en Paris, envió sus *Semblanzas* y su *Vida de Lord Byron* á las prensas de la Habana para que se editaran, pues que su patria le negaba albergue y libertad para sus libros.

Despues ha tenido su campo de expeculación literaria en la prensa de Buenos Aires, primero en LA TTIBUNA y al presente en LA NACIÓN

Valera y Emilia Pardo Bazán frecuentan la REVISTA ILUSTRADA de Nueva York con sus escritos, recibiendo justas y honrosas compensaciones de los editores americanos de esa publicación latino-americana.

Mientras que Rubén Darío, literato americano admirado en la península, que, al concurrir en representación de su patria á las fiestas de Colón, escribió un libro en glorificación de los mas esclarecidos ingénios de Madrid y otras ciudades españolas, no encontró un editor en la metrópoli del Manzanares, teniéndolos espontáneos y entusiastas en la Habana y en Buenos Aires.

Así mismo IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, que fué un perseverante vindicador de su raza, nunca tuvo en España la merecida estimación de parte de sus escritores americanistas.

En nuestra América suele acontecer que no se guardan la debida reciprocidad los fomentadores del progreso literario, á consecuencia de las dificultades de comunicación ó las rivalidades de fronteras y de escuelas.

Hace poco anunciaba EL HERALDO de Bogotá, que Rafael Pombo, el autor de los ardientes cánticos de amor de *Edda*, no tenía noticias del elegante periodista y galano poeta de Mégico Manuel Gutierrez Nágera, ya popular y discutido en América y en la prensa literaria de Paris y de Nueva York.

Pero, en el hemisferio americano las laboriosas empresas de organización definitiva de las sociedades y las iniciativas de la vida del trabajo, evitan las espansiones intelectuales que en naciones mas adelantadas constituyen una necesidad de su desarrollo general.

España no puede alegar respecto de América estas circunstancias, puesto que posee en ella tierras tributarias y las exigencias propias de su natural desenvolvimiento la impulsan á buscar la compensación de sus esfuerzos de inteligencia en estos paises que hacen florecer su idioma.

Cuando se publicó en España la preciosa novela *María*, de Jorge Isaacs, que es la joya de la literatura americana, el prologuista peninsular exclamaba que le había sorprendido la belleza del romance, como si encontrase raro que fuese producto genial de América.

Mireya del poeta provenzal Mistral, á quién tan justamente admira y celebra Daudet, no es por cierto superior á *María* de Isaacs y sin embargo ha sido protegida con más entusiasmo en España, porque es fruto de la literatura europea.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, acaso tuvo él la culpa de que no fuese bien considerado en España por su intransigencia con la raza conquistadora, á la que no le excusaba los actos de horror que cometiera en los primeros tiempos de su dominación con la raza indígena americana.

No aceptaba el inventario de las influencias benéficas de la conquista y más que todo juzgaba que España debía á América la reparación de sus agravios sangrientos inferidos á su raza sacrificada en holocausto á las ambiciones de sus aventureros convertidos en conquistadores.

Diego Vicente Tegera, redactor de la revista AMÉRICA EN PARIS, define esta faz del caracter de Altamirano de este modo, en carta reciente enviada á LA NACIÓN de Buenos Aires:

«Nada mas curioso que oir cómo aquella alma de Guatimoc expresaba en el castellano mas puro su odio á la obra castellana. Había en él hasta cierta noble afectación de purismo, y aún de modernismo, como si quisiera mostrar en su persona la capacidad de su raza. En realidad no tomó de sus dominadores sinó aquello que era preciso para igualar las fuerzas: el idioma como vehículo de la ciencia. Pero conservó su espíritu libre de toda preocupación ó tradición que pudiera hermanarlo con el vencedor. Si su alma, progresista y libre-pensadora, no era ya en rigor el

alma antigua india, era ménos todavía un alma española. Y adviértase que ese sentimiento vindicativo no tenía y podía tener nada de mezquino ó interesado, porque en verdad su raza es, desde hace tiempo, dueña de su patria, y él mismo es con Juarez una figura allí gloriosa. No, su vindicación era retrospectiva, lo que le pesaba era el antiguo despojo de sus hermanos en nombre de una ley de superioridad que él no reconocía: su dolor era el noble dolor de una alma honrada ante una injusticia que ha quedado y quedará pendiente... En esto creo que se equivocaba. La historia tiene su justicia, y ese mismo indio que tanto amó á su raza, se hace amar y admirar hoy de sus propios conquistadores, enseñándoles, en esa hermosa lengua ya comun, una verdad grande y consoladora: la alteza del espíritu humano, cualquiera que sea el color de la piel en que se encierre.»

No envalde abogaba por la raza indígena americana Bartolomé de las Casas, como apostol cristiano que veía un igual en cada ser de las selvas visitadas por la cruz y envilecidos por la espada, pues divisaba á traves de sus brios admirables el porvenir de grandeza y de explendor que le aguardaba en la civilización.

III

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO realizó un prodigio de cultura en su pais, alcanzando la preeminencia intelectual merced á su sóla capacidad, en medio de un pueblo que tenía arraigadas las preocupaciones coloniales, en el seno de una sociabilidad combatida por los vaivenes de las luchas y de las doctrinas del pasado monárquico y feudal, á la vez que sacerdotal.

Acaso por ese mismo medio ambiente de restricción reaccionaria, fué mas viva en su alma la fé liberal y la convicción indomable del progreso republicano.

Nacido en una condición desdeñada y educado en nociones bien diferentes de su origen, debió producirse en su espíritu una lucha terrible que sólo pudo vencer por la energía de que estaba revestido desde la cuna.

Este es para nosotros el rasgo capital de su modo de ser como pensador.

Su libre albedrio era natural y lógico en su caracter, oriundo como era de una estirpe jamás domada por más que fuese alguna vez vencida.

Pero, en el egercicio de sus facultades altivas y valerosas, probó siempre que era de raza superior, porque jamás cometió el menor acto de arbitrariedad que denotase su rebelión de nativa independencia contra las leyes y las conveniencias que la nueva esfera de acción que frecuentaba le dictaban á su razón y á su ingénita dignidad de hombre libre.

Al contrario, era humilde, dulce, suave, conciliador, afectuoso en su trato íntimo y social y en sus relaciones con el público por sus puestos de magistrado, de escritor y de catedrático.

El indio nacido en una comarca desheredada de las leyes patrias, llegó á ser un maestro que educó, en la lengua castellana que manejó con soberbia elocuencia, una generación de ilustres escritores que ahora continúan la labor por él iniciada de dar brillo y encanto á la literatura de Mégico.

Venido á la existencia en las montañas, rodeado de la pobreza, salvó los mas rudos imposibles hasta llegar á ser un pensador ilustre. Dominando los contrastes de la suerte y la sociedad, adquiriendo junto con la cultura la legitimidad de sus fueros, allanando preocupaciones, á fuerza de fé y de consagración al estudio y al trabajo que todo lo redime, logró conquistar los beneficios de la civilización. Su feliz éxito fué por si sólo una gloria para la democracia americana.

¡Un indio, un pária, adquiriendo los honores del pro-

greso en el estudio, los títulos nobiliarios de la inteligencia en el afán contínuo de la idea, del pensamiento y de la actividad!

¡Era un redimido de la barbarie por la iniciativa propia!

¡Era un milagro viviente de la cultura universal!

¿Quién lo guió á través de las breñas de la montaña y de la vida?

¡Su propio anhelo, su instinto natural, su poderoso pensamiento!

¿A quién venció?

¡A la misma naturaleza!

Pero, su fuerza invencible ha sido su condición de hombre de conciencia libre que le mereció el respeto de todos los hijos de América. Además, ha sido ciudadano de un pueblo donde la primera virtud es la libertad.

Mégico es uno de los países que mas enaltecen, por su historia y por el espíritu altivo de su raza, la democracia americana.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO es su más genuino galardón.

Su gloria, es su mejor timbre de honor.

El egemplo de este pensador poderoso, que no pidió á la raza conquistadora otro elemento que su idioma para dar vigor á su pensamiento en la expresión, puesto que su lengua estaba abatida por la castellana, debía servir de fecunda y moralizadora enseñanza á los pueblos que en América se han dejado arrebatar su personalidad.

Este puro hijo de las selvas se elevó por su propio esfuerzo al nivel de sus vencedores y por su sóla voluntad se emancipó de las preocupaciones nativas, colocándose á la altura de los más ilustres reformadores de la civilización de su patria.

Más aun; se convirtió en adalid de sus principios de libertad y fué, á su vez, un vencedor del progreso y de la soberanía nacional.

Las repúblicas americanas llevan esos gérmenes invencibles en su seno y para cimentar las instituciones de la democracia, sólo necesitan mantener con energía y con altivez sus derechos en las luchas del progreso contemporáneo, cuyos palenques gloriosos son la prensa, la tribuna, el libro y las asambleas populares.

IV

De tiempo atrás veníamos siguiendo, desde lejos, la carrera luminosa del exclarecido publicista megicano.

Primero, en EL ATENEO de Nueva York, conocimos su fisonomía abierta, expresiva, llena de energía, de contornos característicos como producto de la raza nativa americana.

Después en diversas revistas del continente y europeas tuvimos oportunidad de analizar su ingenio en poesías tiernísimas, en romances sencillos y en cuadros vigorosos de literatura.

Recordamos que en LA REVISTA DE SANTIAGO (1872-73) leimos una de sus composiciones poéticas más inspiradas, en la que cantaba las cualidades peregrinas de una juvenil beldad panameña, Ofelia Plissé.

Màs tarde, en EL HERALDO de Bogotá, conocimos su poesía *Los Naranjos*, que es una de las más aplaudidas del poeta.

La revista AMÉRICA EN PARIS, nos hizo apreciar su novela *La Navidad en las Montañas,* en la que el fogoso pensador liberal se complace en pintar la piedad y la mansedumbre religiosas de un oscuro párroco de sus comarcas natales.

Pero, es á sus compatriotas, sobre todo, á los que debemos más detenidas informaciones sobre su vida y

sus trabajos y á él mismo, cuando nos narra su infancia en la *Biografía de Ignacio Ramirez,* que publicó en Febrero de 1889.

Uno de sus dicípulos, el jóven y laborioso periodista Angel de Campo, que con el pseudónimo de *Micrós* colabora en El Nacional de Mégico, de cuyo diario fuimos corresponsales en 1890 y 1891, nos ha instruído ampliamente sobre los hábitos y las cualidades peculiares del insigne escritor megicano en sus amenos artículos denominados *Recuerdos del Maestro* y *Un Apólogo del Maestro.*

Hubo un período de la historia de Mégico que puso de relieve en América y en Europa, especialmente en los Estados Unidos y en Francia, la personalidad de Altamirano, trasparentando su vida en sus actos, en sus discursos y en sus escritos.

Fué en la época de la dictadura del general Santa Anna, en que el egrejio repúblico descolló en la tribuna del Congreso por su elocuencia dominadora, su altivez é independencia ejemplar, su cultura indiscutible y sus anhelos generosos de implantación de la democracia en su patria.

Se iniciaba en esa campaña saludable y gloriosa de la lucha del derecho el liberalismo megicano que tan nobles reformas debia realizar cimentando un gobierno modelo de integridad y de civismo que enaltece y educa á la América contemporánea.

La tribuna fué el pedestal de la fama universal de Altamirano, en la que supo conquistar el título de *Danton de América*, por su talla no mui desarrollada, el vigor y la audacia de su palabra.

El Correo de Ultramar y La Ilustración Francesa, se engalanaron con su efigie y con los más entusiastas artículos de admiración por su brillo de orador y de periodista.

De la lucha tribunicia, el valiente demócrata se lanzó

al palenque abierto de la prensa política y en el diarismo no fué ménos admirable que en el ejercicio de las armas de la elocuencia para hacer triunfar la ley, la justicia y la libertad.

Su ilustre compatriota, el característico literato Justo Sierra, retrata al orador con estas vivas pinceladas, en su estudio titulado *El Maestro Altamirano,* inserto en La Revista Nacional de Mégico:

«La pequeña estatura ajigantada por el ademán y el acento, la altivez de la frente, bajo la negra melena lacia, el crispamiento irónico de la gran boca *suriana*, la inaudita expresión de odio, de desprecio, de soberbia que se condensaba en relámpagos en la mirada y en sonoridades vibrantes, calientes, extrañas en la voz, sin llegar al grito jamas, y, sobre todo la palabra, la imágen, la idea, todo mesurado en medio de la pasión desbordante, todo artístico, correcto, ritmico, todo eso lo ví, lo oí, lo sentí por instinto; ahora es cuando me doy cuenta de ello, pero no lo olvido: semejantes espectáculos no se olvidan jamás.»

El pintor de ese cuadro tenía á la sazón 14 años, así que se renuevan sus emociones juveniles al trazarlo con su pluma, empapándola en sus recuerdos.

De América, en ese tiempo, 1861, parecía levantarse una ola poderosa, inmensa, de entusiasmo patriótico, que hacía resonar los ecos de la libertad y de la civilización de la democracia en el mundo.

Los poetas entonaban cantos estremecedores á la independencia y los oradores conmovían la sociabilidad nueva con sus acentos de reforma, como si un océano tempestuoso hiciese oir sus ecos vibradores en todos los horizontes.

Así repercutieron los rayos de elocuencia de Altamirano en el Viejo Mundo, despertando la más ruidosa admiración en el periodismo de la Francia.

Uno de los diarios más prestigiosos de Paris, La Esta-

FETA, comparándolo con el orador de Roma, emitía estas expresivas y honrosas opiniones sobre el tribuno de Mégico.

«Toda la ciudad resuena todavía con el discurso pronunciado en la Cámara por el señor Altamirano... Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable... La fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentación cerrada, encadenada sin arte aparente; pero rigurosamente apoyada en citas históricas oportunas y bien escogidas... Jamás en Mégico se ha oído un orador tan enérgico y arrebatador...»

Las armonías de esas músicas tan melodiosas se esparcieron por las naciones, llevando el nombre del incomparable indígena á todos los puntos cardinales del globo, proclamándolo caudillo de la libertad del pensamiento americano.

Su silueta de tribuno, como la de periodista, es acaso la más brillante de sus faces morales.

En ella ha prodigado los dones de su naturaleza americana.

Su genio ha sido el agente de su palabra poderosa, robustecida con las vibraciones de su clima, de sus valles y sus montañas, como que era producto de esta zona que encierra los más vigorosos gérmenes de la creación en todas sus más grandes manifestaciones.

Cuando estremecía con el eco de su palabra los corazones y agitaba las muchedumbres, acaso devolvía á la espléndida naturaleza americana la fuerza que le había dado desde la cuna.

Pero, en esta faz de su vida y de su gloria es difícil poderlo retratar con fidelidad.

La silueta de un tribuno, como la de un periodista, es la más difícil de bosquejar, porque esos caracteres vehementes que tienen, cual el artista de la escena, el privilegio de conmover los corazones, de agitar las muchedum-

bres, de arrancar gritos y lágrimas al auditorio, reúnen las cambiantes luces y los tonos pintorescos de la naturaleza en todo su esplendor en la viveza de la palabra y en la energía de la acción, en el colorido de la elocuencia y en la novedad de sus concepciones.

El tribuno, como el periodista y el actor, es un tipo fugaz, porque su palabra, como una melodía, se borra de la conciencia de la multitud cuando cesa en su discurso, dejando en los espíritus sólo la impresión de sus ideas, una imagen de recuerdo conmovedor y profundo, el eco de su pensamiento sonoro y entusiasta.

Su poder y su gloria viven en el momento de su triunfo, cuando brota de sus labios el alma á borbotones como un torrente de luz y de armonía.

Así mismo el artista derrama en el escenario toda la poesía de su genio y de su ternura, inundando el auditorio de luz de astros deshechos en tempestad, conquistando la celebridad de un instante y el amor infinito de la admiración de breves horas.

Pero, no hay fuerza de seducción más intensa que la que se esparce en la tumultuosa muchedumbre cuando el artista y el tribuno sacuden con su eléctrica frase los más vibrantes organismos.

Se imponen y dominan.

Se hacen amar aun en medio de la derrota.

Igual gloria, efímera y poderosa, alcanza el periodista al exaltar las almas de la turbulenta multitud con el vigor y el fuego de sus escritos.

El periodista es el tribuno de la idea, el artista de la palabra.

Su tribuna es el diario, su conductor eléctrico la pluma.

Esos luchadores incontrastables, que llevan en el brillo de su palabra la victoria de sus principios, son los modernos conquistadores de la civilización. Son los productos más vigorosos del progreso y la democracia de siglo.

El pueblo cuenta en ellos sus verdaderos genios tutelares, porque son los intérpretes de sus aspiraciones y de sus legítimos ideales.

El tribuno y el periodista son los héroes de la moderna epopeya de la cultura universal.

A ambos órdenes pertenecia el ilustre pensador megicano cuyo perfil dibujamos en estas páginas.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, era uno de los ingenios más originales y poderosos, por sus facultades excepcionales, de la América contemporánea.

Reunía en sí las más excelsas cualidades del hombre superior, siendo uno de los hijos más legítimos de la raza americana.

V

COMO republicanos, estamos en el deber de rendir el culto de nuestra fe democrática á tan ilustre pensador de libertad.

Siendo hijos de América, nuestra obligación es mayor aun, pues que en ese eminente caudillo del progreso liberal se encarnó la mas viva y elocuente protesta del pueblo contra las clases privilegiadas absorbentes que dominan por el egoismo y por la persecución de los oprimidos en estas nacientes sociedades, sin una organización definitiva que dé su verdadera solidaridad al Nuevo Mundo.

En recompensa á los esfuerzos generosos de tan eminente adalid, los que hacemos la fecunda labor arqueológica de la literatura, que se llama investigación histórica, debemos presentar su vida como un título á la consideración pública americana y cual un ejemplo á la opinión ilustrada y popular de cada país del continente, á fin de que fructifiquen sus doctrinas, arrojando las ideas

de su ciencia como semillas incorruptibles en las conciencias.

Altamirano es el tipo genial de la raza indígena, que se levanta por sí mismo de su envilecida condición para alcanzar las esferas más encumbradas de la civilización.

Asciende á la cima de la montaña de la cultura y ocupa, por preeminencia justa y legítima, los más escogidos puestos, honrando su estirpe, haciendo respetar los fueros de sus hermanos en la desgracia, elevàndose como apostol de los principios de la igualdad humana sin quebrantar las leyes sociales ni morales que rigen la civilización moderna.

Veámosle en el escenario de sus empresas patrióticas para juzgarlo.

En 1861, al revelarse á su país, se erige en tribuno de la libertad, combatiendo en el parlamento los actos inconstitucionales del gobierno que tiene bajo su inmediata dirección los destinos de su patria.

Cumplida su misión de caudillo de la opinión, se trasforma en soldado para pelear en las batallas por la libertad de su suelo agredido por la invasión francesa.

Guerrero resuelto se singulariza en las campañas con sus milicianos, arrollando á los genízaros imperiales en todos los combates.

Los ataca y los desaloja de todos sus baluartes de los pueblos del sur de su territorio, hasta que, con un puñado de legionarios heroicos, les toma todas sus plazas del valle del centro, acampando á cuatro jornadas de la capital megicana.

No buscaba los encantos de la corte del infortunado archiduque de Austria, que en el castillo de Miramar lucía las sedas de los cortesanos y las esculturales formas paganas de las damas de palacio, sinó la bandera legendaria de Hidalgo y de Morelos abatida por el inva-

sor para emanciparla con la integridad de su territorio nativo.

Perseguía la imagen adorable de la gloria y de la libertad de su amada patria, ocultada al pueblo megicano por el usurpador Maximiliano, que tenía entre sus vasallos al poeta Zorrilla, pero, que jamás contó corazones denodados como los que latían en el pecho de los libertadores como Juarez, Porfirio Diaz, Sóstenes Rocha y el indio indomable que venciera en Puebla y en Querétaro á la falsificada monarquía.

Peleaba Altamirano como representante del pueblo y como ciudadano, pues que había continuado en el ejército libertador su misión de diputado al Congreso, defendiendo siempre sus sagrados fueros de soberanía nacional.

En el ejército obtuvo hasta el grado de coronel, retirándose á sus tareas civiles al terminar la obra de la segunda independencia.

Su vida política la empezó en el segundo Congreso Constitucional de 1861, cuyas sesiones se verificaban comenzando la lucha con las tres naciones de Europa que invadieron con sus ejércitos el territorio de Mégico.

Pronunciada, ademas, la guerra de intervención de los Estados Unidos, por la frontera norte americana, y suspendida las funciones del Congreso, Altamirano se hizo soldado, eligiendo la carrera de las armas como sucesión de sus lides de tribuno y de periodista.

Cambió la pluma por la espada y en sus oasis de campaña, pulsaba la lira del bardo para cantar á su patria, así como cuando entonaba himnos á la libertad en la tribuna, en discursos qùe eran verdaderos dogmas de democracia para su pueblo que lo idolatraba como su apostol y su caudillo.

VI

Ignacio Manuel Altamirano, nació en el pueblo de Guerrero, del Estado de Mégico, en el seno de una familia de pura raza indígena, en 1835.

Surgido á la vida en el seno de una cabaña, como natural de los sierras, adquirió su primera educación en las escuelas locales, con los medios escasos de sus pobres padres.

En 1850 se trasladó á Toluca, à cursar ramos superiores de humanidades, al Instituto Literario, favorecido por una ley dictada por el Gobierno de Olaguibel en 1849, en vista de las laudables sugestiones de Ignacio Ramírez, por la cual se disponía que los municipios podían enviar un alumno bajo su amparo á los colegios superiores del Estado de Mégico.

Además, el joven Altamirano gozaba de los beneficios de una disposición oficial superior que incorporaba su comarca al territorio general de la República, concediéndole sus garantías civiles y civilizadoras.

Leamos sus propias confesiones históricas:

«Yo, mui joven, pues apenas tenía 15 años, y acabando de llegar del sur, comprendiendo con trabajo la lengua española, y casi incomunicado por mi timidez rústica y semi-salvaje, tenía poquísimo conocimiento acerca de los hombres de Mégico.»

Pero, al penetrar en las aulas de enseñanza superior, traía, el sencillo hijo de las selvas, el recuerdo de una impresión decisiva de su infancia.

Como Alfonso de Lamartine, cuando sintió despertarse su espíritu y su imaginación á las emociones de la

inspiración poética al contemplar un escuadrón y sentir su música militar, así Altamirano experimentó poderosa sensación al ver pasar por sus valles, fugitivos unos, dispersos otros, derrotados todos, á los valientes voluntarios de los campos que vencidos se alejaban en 1849 de los combates en la guerra de invasión de los Estados Unidos, por las conquistas de los valles prodigiosos de Mégico.

Acaso entónces, al escuchar, como él dice, «en las montañas los siniestros rumores de la guerra,» hizo el juramento solemne de ser el defensor siempre de los vencidos.

Altamirano, añade en sus reminiscencias juveniles: "Después, en 1849, ya restablecida la paz, una ley benéfica del Estado de Mégico, á que pertenecía entónces la comarca en que nací, me sacó de ella, designado para venir á estudiar en el Instituto Literario de Toluca. Yo comprendí claramente que aquel cambio en mi vida era un gran bien para mí, y naturalmente, lleno de gratitud, me propuse indagar quién era el autor principal de aquella ley, merced á la cual se me abría el camino de la instrucción.

"Aquella ley no sólo me había favorecido á mí, sinó también á otros muchos jóvenes indígenas del Estado de Mégico, pobrísimos como yó, y como yó condenados seguramente, si tal disposición no hubiera venido á salvarnos, á arrastrar una vida de ignorancia y de miseria."

Con el tiempo averiguó que esa ley la debía al hábil patriota que fué más tarde su maestro, Ignacio Ramírez, conocido en la historia de su patria bajo su célebre pseudónimo de El Nigromante.

Altamirano emprendió con tan empeñoso afán sus estudios que bien pronto vió coronada su carrera por el éxito más lisonjero, graduándose de licenciado en leyes y ciencias políticas en la Academia de San Juan de Letrán, de Mégico.

Ingresando al campo de las disquisiciones forenses, acometió, dando vuelo á su natural vehemencia, la empresa de caracterizarse en las letras y en la oratoria, en la crítica y en la historia, en la poesía y en la novela, llegando á convertirse en un pensador de ilustración y de predisposiciones universales.

Este carácter cosmopolita de la educación y de las facultades de Altamirano, forma uno de las más originales y armoniosas de sus faces de publicista y de pensador americano.

Fué universal en conocimientos y en aptitudes y descolló por su potencia genial y las bellezas artísticas de sus producciones.

Aquí se vé más patente el vigor de su naturaleza de pensador, porque abarcando todas las manifestaciones del arte y del progreso no decayó en ninguna y en los más delicados de sus ramos fué un perfecto maestro.

VII

Terminado el drama sangriento de la guerra de restauración del sistema colonial en el cadalso de Querétaro, Altamirano fué colocado por el libertador Benito Juarez en el alto rango de Fiscal de la Corte Suprema de Justicia.

El tribuno, el diarista, el soldado, era elevado al magisterio de la ley, para que aplicase la justicia á la sociedad.

Magistrado jurídico, fue el mismo abogado de los principios salvaguardiadores del derecho en la fiscalía de la Corte Suprema de Justicia.

Recto criterio, elevado corazón, amigo del debil, ardoroso partidario de las leyes y de los fueros sociales, fue en ese cargo el leal y sincero juez del justo.

Bien pronto el florecimiento del progreso que sucedió á la guerra, de 1863 á 1868, lo llamó á ocupar elevadas gerarquías intelectuales en la república de las letras y del pensamiento.

Este despertar del espíritu social megicano es una de las faces más características de esa poderosa nacionalidad americana.

Recordando sus explendores hemos trazado esta página en su consagración al hacer la historia de la vida de otro delicado ingénio megicano, Justo Sierra, en nuestro libro denominado *Prosístas y Poetas de América Moderna,* en la siguiente forma:

«La epopeya megicana, que comienza en 1861 y termina en 1867, es uno de los períodos históricos más gloriosos de América.

En ese breve lapso de tiempo, corto para la inmensidad de la empresa patriótica realizada, el pueblo heróico de esa república dominó, con excelsitud de abnegación, de energía, de entereza cívica, la invasión europea que intentó levantar un imperio en su seno para dominar el continente.

Sin disputa esa época es tanto más memorable para Mégico que las campañas de su independencia.

No obstante la magnitud de la lucha, en la que se emplearon todos los esfuerzos de su raza para libertar á la patria de la usurpación monárquica, su espíritu manifestó nuevo vigor, su organismo puso en evidencia mayor suma de fuerza física, en la obra de restauración nacional en 1868, al salir de aquel espantoso cataclismo que amenazó sepultar para siempre sus instituciones democráticas en el abismo cavado por el imperio.

A los azares de las batallas y de la política, sucedió el renacimiento de las letras en aquella sociedad trabajada por el dolor, como espansión de su alma atribulada, cual primicia artística que ofrendaba á sus esfuerzos de un porvenir próspero y venturoso.

Francisco Sosa, historiador perseverante y erudito de

las etapas célebres de Mégico, narra con frase gráfica ese despertar risueño de su patria:

«Memorable será, dice, en nuestros fastos el año 1868, porque en el despertóse á nueva vida: las reuniones literarias se sucedían; la publicación de novelas y periódicos no dejaba ociosas las prensas, ni por un momento; los cultivadores de las ciencias, los poetas y los literatos, aun aquellos que habian tomado parte en las cuestiones políticas que dividieron á los hijos del país, formaron una sola familia, que llena de ardor, con fé vivísima y con entusiasmo hasta entónces desconocido, se dedicaba al culto de lo bello.»

Al reves de lo que acontece en paises del Viejo Mundo, donde las revoluciones, las guerras, los trastornos públicos dejan, como resíduos de cosechas infecciosas, esparcidos en la sociabilidad los gérmenes de la corrupción, el pueblo megicano había depurado sus horizontes con la borrasca de sus sentimientos y pasiones.

Los guerreros cuyo brazo no había fatigado la espada, esgrimían la pluma para robustecer sus músculos y sus derechos.

La tribuna y la prensa fueron los campos de acción de la palabra y del pensamiento, para propender al progreso múltiple.

La lucha no había logrado, sí, desterrar por completo el espíritu francés del país.

Había quedado imperando en los ingenios nacionales.

La literatura mantuvo su influencia sobre esa raza heróica y altiva.

La primera forma literaria francesa que reveló en Mégico la influencia del espíritu genial, fue la tertulia intelectual.

La sociedad megicana inauguró el renacimiento de sus bellas letras con las veladas literarias, que fueron el timbre de gloria y de esparcimiento de épocas famosas de la literatura de Francia.

Sainte Beuve, al recordar las mujeres ilustres parisienses, sintetiza las veladas literarias de Madama Recamier, en cuyas reuniones reinaba Chateaubriand.

Alfonso Daudet apellida esas tertulias del ingenio, los salones literarios.

La América imitó el ejemplo de Mégico y bien pronto Bogotá y Lima celebraron veladas intelectuales que fueron la cuna de inteligencias superiores y de corporaciones literarias hoy históricas.

A ese período de resurrección social de Mégico, pertenece el prosista y poeta que estudiamos en este bosquejo.

Justo Sierra, en toda la lozanía de su juventud y de su talento, apareció entónces en el escenario de las letras, conquistando laureles y nombradía.

Desde el primer momento se reveló escritor brillante, ameno, poderoso, dominando los más difíciles obstáculos del estilo, descubriendo profunda maestría en la aplicación de las ideas.»

Altamirano que fue un generador de este desenvolvimiento vivo y rápido de la sociabilidad de su patria, fue conducido á la cátedra de la enseñanza para que completase su fecunda labor,

La juventud educanda le imponía un nuevo magisterio: el del maestro.

La cátedra, como la tribuna, como la prensa, fue para él un teatro de preconización de doctrinas progresistas.

Armado del libro, así como había estado armado de la ley, de la prensa, de la palabra, de la espada y de la justicia, hacía resplandecer la verdad con su poderosa inteligencia.

Dió lecciones de literatura, de filosofia y de historia, formando una generación de jóvenes inteligentes con su educación.

A la sombra de los naranjos en flor, como constelaciones de mariposas azules, y de astros de intensa luz, se ha formado en su tiempo, bajo la influencia de su palabra elocuente, de su lirismo vibrador, de su ejemplo fecundo, una colectividad de poetas y periodistas, de literatos y novelistas que en su patria forman hoi el adorno glorioso de su historia. Allí se destaca el busto enhiesto de canoros poetas como Gutierrez Nájera, Juan de Dios

Peza, Diaz Miron, Urbina, Peon y Contreras, Acal, Jesus Valenzuela, Antonio Zaragoza y publicistas como Francisco Sosa, Gonzalez Obregon, Delgado, Zárate, Vigil, Reyes, continuadores de Ramirez, de Prieto, de Flores.

Mas que un catedrático, era en las aulas un orador que con su elocuencia seducía á sus alumnos, y mas que maestro, fué en la literatura un creador de ingenios.

La Sociedad de Geografia y el Liceo Megicano, que él presidió y contribuyó á fundar, fueron sus campos de enseñanza en historia nacional y general.

Diversas asociaciones cooperó á fundar, impulsando el progreso intelectual de la juventud y la sociedad.

Por sus grandes méritos de apóstol liberal fué elegido grande Oriente de las lógias masónicas de Mégico.

Organizó una publicación de su propiedad, El Correo de Mégico, que le sirvió de cátedra pública y en la que hizo valiente oposición al gobierno pacificador por considerarlo en sns procedimientos apartado del programa legal.

La lucha vigorosa de la política y de la prensa no lo alejaba de las letras que amaba tanto y por las que era amado del pueblo y de la juventud.

Colaboraba con amenísimos artículos de todos los géneros en El Siglo XIX y en El Renacimiento, favoreciendo con sus folletines á La Iberia.

Data de esa época efervescente de su espíritu, su mas simpática labor literaria, tierna, melodiosa, instructiva, nacionalista, estimulando la literatura y á la juventud con sus estudios y sus obras.

Las Revistas Literarias que escribió, encierran páginas que demuestran cuan grande y profundo era su entusiasmo por las letras y por los jóvenes ingenios de su patria.

En ellas, exhibe también el conocimiento general que poseía de la literatura francesa, en la que parecía inspirarse.

Recordamos un interesante y delicado capítulo que consagra á la *Conversación* parisiense, ese género fácil, elegante, vivo, chispeante, luminoso, seductor que, con tan agudo ingenio cultivan los periodistas franceses, como Albérico Second, Aurelién Schol, el característico Henry Rochefort, Albert Wolff, Julio Claretie, Arcenio Houssaye, como en otro tiempo los folletistas Jules Janin, Piérre Veron, Leo Trim, Delfina Gay, Edmond About, Alfhonse Karr.

La delicada fantasía del orientalista mas refinado brilla através de esas páginas. Se creeria estar leyendo á Paul Bourguet, á Alphonse Daudet, á Catule Mendez, al recorrer esas bellas acuarelas de la conversación espiritual parisiense. Para deleite de los espíritus delicados, que aman el arte y que refrescan los ardores del pensamiento en la lectura de las obras tiernas, copiamos estas hermosas y sentidas páginas:

«Si queréis experimentar un placer parecido al que se siente apurando una copa de exquisito vino, gustando una de esas hermosas frutas de los países tropicales, provocativas por la forma, por el perfume y por el sabor, ó tomando sorbo á sorbo una taza de café de Moka ó de Yungas; si queréis, en fin, gozar, leed los domingos el folletín de El Monitor. Allí os encontraréis una *conversación* de Justo Sierra,

¿Qué cosa es esta conversación? ¿Quién es Justo Sierra? Pues vamos á decíroslo. *La conversación del domingo* es un capricho literario; pero un capricho brillante y que deleita. No es la revista de la semana, no es la disertación; es algo de todo; pero sin la forma tradicional, sin el orden clásico de los pedagogos; es el *causerie,* como dicen los franceses, la charla chispeante de gracia y de sentimiento, llena de erudición y de poesía; es la plática inspirada que á un hombre de talento se le ocurre trasladar al papel, con la misma facilidad con que la verterían sus labios en presencia de un auditorio escogido.

La *causerie* es un género de orígen francés, pero que pue-

de naturalizarse en todas partes, porque todos los idiomas y todos los pueblos se prestan á ello. La conversación española aventaja á la francesa en majestad y en armonía, y puede tener, sin embargo, su brillantez y su gracia. Es el género que debe ocupar el *folletín*, usurpado por la novela y por la revista. En Mégico, á Justo Sierra pertenece el honor de haberlo introducido, y ¡cuán ventajosamente! Justo, en ese estilo hechicero y sabroso, es ya una notabilidad, y en Francia misma, patria de la *conversación*, él ocuparía un lugar distinguido entre los más deliciosos conversadores, entre Teófilo Gautier y Mery, entre los folletistas más encantadores por sus caprichos, como Alfonso Karr y Alberico Second. Justo Sierra en ese género es francés por los cuatro costados; pero suele adoptar el continente caballeresco y grave de los españoles, y sobre todo, su alma es esencialmente americana.

De manera que puede decirse que su idea es una vírgen nacida en Mégico y vestida á la francesa para introducirse en el salón. ¡Cómo gana por eso el folletín en sus manos! La poesía grandiosa y sublime de la libre América faltaba al folletín francés para su embellecimiento, y Sierra la trae en su alma como en una lira siempre armoniosa. La conversación de este jóven no es una colección de anécdotas sólo agradables por la oportunidad, no es la reunión de *calembours* ingeniosos para provocar la fría sonrisa de un círculo refinado, no es una sátira incisiva para herir á ciertos personajes, ó para excitar la gastada organización de las damas curiosas; no, la conversación de Sierra es algo más, es la poesía; pero la poesía inocente y bella, es la vírgen, como hemos dicho, llena de atractivos y de pasión, pero que no está inficionada por la maldad social, que no lleva en sus labios puros el pliegue de la malignidad La poesía de Justo Sierra, elevada y sublime en sus cantos, en sus conversaciones sonríe y se ruboriza.

Así en esta otra parte, se diferencia de la conversación francesa que, es descarada á veces, y las más mezcla á su sal ática un veneno mortal.

Para dar idea de su estilo flexible y fácil, trasladaremos aquí un pequeño trozo de la *Primera conversación*, en la que

el narrador se da á conocer á sus lectores y da una idea del género que va á cultivar:

«Creed, dice, soi un escapado del Colegio que viene rebosando ilusiones, henchida la blusa estudiantil de flores, y encerrados en la urna del corazón frescos y virginales aromas, frescos y virginales como los que exhala la violeta en los campos.

Hé allí mi tesoro, he allí lo que compartiré con vosotros. ¿Hago mal? Puede ser, pero ¿cómo impediríais al impetuoso manantial estrellar sus aguas cristalinas en las peñas y correr empañado por el suelo?

La mano del invisible traza un sendero; por allí vamos...

Traigo de mis amadas tierras tropicales el plumaje de las aves, el matiz de las flores, la belleza de las mujeres fotografiadas en mi alma.

Traigo al par de esos murmullos de ola, perfumes de brisa, y tempestades y tinieblas marinas, y el recuerdo de aquellas horas benditas en que el alba tiende sus chales azul-nácar, mientras el sol besa en su lecho de oro á la dormida Anfitrite.

Todo eso y algo más os diré, amados lectores; acaso logre agradar á aquellos de vosotros para quienes aún guarda ángeles el cielo y colorido la naturaleza.

Me he bajado aquí al folletín para hacer la tertulia, porque, ¿qué quereis? Allá en el piso alto no puedo veros de cerca, ni arrojar, niñas, una flor á vuestros pies. Y luégo, me gusta estar próximo á la calle para poder escaparme á mi capricho, que asaz antojadizo me hizo Dios, y ratos tengo en que detesto las ciudades, me marcho á la pradera y gusto de trepar á alguna altura de donde se dominan las colinas, y donde al cabo llego á forjarme la ilusión de que veo inmóviles las olas de esmeralda de mi golfo.

¿De qué os hablaré? ¿Acaso de literatura ó de filosofía, tal vez de política? Un poco de todo. Pero no os alarméis con los nombres solemnes que acabo de escribir. Propóngome haceros gustar, y cuando se ofrezca, alguna de esas cuestiones delicadas, y enfadosas, como si saboreáseis algunos bombones.»

Después de estas bellísimas palabras de un lenguaje poco conocido aquí, cuanto pudiéramos decir quedaria páli-

do. Además, la amistad íntima que tenemos con este joven nos haría sospechosos; y francamente, no tendríamos la culpa de ser apasionados, pues aún no sabemos qué cosa es más grande, si nuestra admiración por el precoz talento de Sierra, ó el cariño que nos inspira, en el que entra por mucho el conocimiento que tenemos de su irreprochable corazón; porque ese joven es, además, el ideal del caballero antiguo y del republicano de Esparta, á pesar de su estilo y de sus poéticas aspiraciones.

Afortunadamente, no somos los únicos en juzgarle así. Nosotros fuimos los que le introdujimos en la arena de la publicidad literaria; pero su inteligencia, revelándose de pronto deslumbradora y gigantesca como un sol, fue desde luégo saludada con entusiasmo por todos, y hoi nuestros viejos literatos le acogen con orgullo, como á una joya del país, y sonríen satisfechos al considerar la gloria que espera á este literato de veinte años, vástago de aquel noble y virtuoso sabio á quien la muerte arrebató al cariño de la patria, y que no pertenece á Yucatán, sino á la República y á la América entera.»

Sin duda, era un espíritu sutil, no previsto por los sicólogos en la raza embrionaria de la civilización americana.

Esta delicadeza de ternura en la concepción de sus estudios literarios, se manifiesta mas artística aun, si es posible decirlo, en las pinceladas críticas, verdaderamente pictóricas, por no decir poéticas, que inspiró la lectura de la novela *María* de Jorge Isaacs.

Sintió palpitar en su alma de poeta la espléndida naturaleza americana, al repasar con la mirada fulgurante y el pensamiento estremecido las páginas seductoras y melodiosas de ese libro que encierra los aromas y los gorjeos, la luz de los paisajes y los destellos de los horizontes de la joyante y deslumbradora belleza de los valles tropicales del Nuevo Mundo.

La belleza y el encanto del estilo de este delicado artista de la palabra y de la literatura americana, son ge-

nialidades de raza, porque tenía en su organismo, en su imaginación, en su alma y en su pensamiento el brillo del instinto y de la naturaleza libre y esplendorosa y la inquietud del afán de su altivez y de su independencia.

Así se explica como los griegos fueron tan grandes artistas, tan poderosos guerreros, tan sublimes pensadores, por el vigor de su clima que daba esplendidez á su estirpe nativa.

La naturaleza próbida en los ricos dones de la pureza, opulenta en gérmenes de vitalidad, comunica fuerzas ánimosas, ideas nobles y levantadas, gracia á las formas y energía de espíritu, lozanía á los sentimientos de las criaturas que alientan sus brisas saludables, que aspiran el aroma de sus floridos campos, que se bañan en la luz deslumbradora de sus infinitos horizontes.

Los hijos de América, como descendientes de un mundo sin los vicios de una civilización agitada por continuas transformaciones, exhibían una superioridad natural, en armonía con su medio ambiente deslizado de toda influencia perniciosa que los extraviase.

Las razas aborigenes de América tenían muy desarrollado el instinto de la naturaleza, como que poseían cantos y obras de arte que denotan su delicadeza de sensibilidad.

Un poeta americano, que ha sentido latir el alma de las razas primitivas en sus propios anhelos, Rubén Darío, ha dicho que los antiguos hijos del hemisferio «iluminados por una civilización oriental, ó levantados por una civilización propia, en sus bastos intelectos tienden á su desarrollo progresivo.»

Altamirano, individualmente, es un documento brillante de comprobación.

Ahora en los pueblos americanos quedan todavía las manifestaciones colectivas de su caracter nativo, ya en la poesía, en las costumbres ó en sus inclinaciones sociológicas.

Los indios araucanos, son guerreros, laboriosos, aman-

tes del terruño. Sus cantos son bélicos, en armonía con su caracter altivo. Tienen mujeres hermosas, como producto de una naturaleza que se refleja en los encantos de una elevada ternura de afectos íntimos.

Los indígenas de las pampas argentinas, son aventureros y luchadores, á la vez que músicos y poetas como los naturales del Perú y de Bolivia. Los improvisadores de los campos de esos paises, crean una poesía tierna y delicada, como vibraciones de un instrumento artístico ó de un sentimiento muy profundo.

En el Plata todos los hijos de la pampa son poetas. Improvisan canciones que parecen inspiradas por la musa de los sueños. El payador argentino, que es producto genial de la raza, es el poeta popular, el cantor errante, vagabundo de la naturaleza que siempre proscripto entona, como las aves, ternezas no escuchadas, melodías que ninguna lira llegaría á imitar con el auxilio del arte. Músico á la vez que poeta, ese cantor de los valles, hace vibrar las cuerdas de la guitarra con una melodía imponderable.

Hay en el genio del poeta de la naturaleza americana, que se reproduce en los climas tropicales, revelaciones artísticas que el alma sólo encuentra en los ideales. Los cantores de yaravíes de las florestas del Perú y de Bolivia, tienen esa misma ternura que los payadores de las pampas argentinas en su poesía, en sus melodías musicales.

Parece que cuando cantan lloran. Tan tierna es la poesía de su alma.

Los poetas modernos, que han interpretado el lenguaje y los ideales, pintando las costumbres de los pueblos americanos, llevan en su ingenio y en sus cantos el sello de los sentimientos de las muchedumbres fundadoras de las nacionalidades del Nuevo Mundo.

La poesía ha sido modificada en su forma, pero conservando su genial terneza.

En este género de poesía nacionalista han legado mo-

delos los poetas americanos como Gregorio Gutierrez González en Colombia, Hilario Ascasubi en el Plata, Acuña de Figueroa en el Uruguay. Otros poetas inspirados y de infinita ternura, han sido verdaderos Homeros americanos, cantando las epopeyas de los pueblos en sus sentimientos íntimos, como Rafaël Obligado en la Argentina, que ha escrito el poema de la raza de las pampas de su patria en los cantos del payador, con esa música del alma que encierra todas las vibraciones de la naturaleza americana.

Altamirano tenía en su estilo esa sentida terneza de su raza, los colores de la naturaleza americana. Era poeta porque vibraba en su pecho la música del alma de su estirpe. Artista, era el fulgor de su espléndida naturaleza nativa. Así como en la poesía y en las artes brilla el espíritu de la raza americana, en las tendencias de la vida social se modela su caracter. En los tres siglos de la dominación colonial, la actitud de los aborígenes fué una constante protesta contra la conquista. Alcanzada la soberanía, su aspiración fué la formación de nacionalidades de absoluta independencia en sus instituciones.

De ahí que junto con la proclamación de la libertad, se abolió la esclavitud en todas sus formas.

Mégico, la patria de Altamirano, dió este noble ejemplo de humanidad americana ejecutado por dos heroicos descendientes de la raza indígena.

En 1857, obtenido el triunfo del liberalismo, Benito Juarez y Porfirio Díaz, proclamaron la constitución progresista de la reforma, en la que se establecía la abolición de la esclavitud como complemento de la declaración de libertad hecha en 1813.

Mégico se anticipó á los Estados Unidos que sólo declararon abolida la esclavitud en 1863, por medio de su heroico martir Abraham Lincoln, otro genuino hijo de las razas americanas, descendiente de las cabañas aborígenes del continente.

Altamirano fué la más típica encarnación de su raza, porque sintetizó sus geniales instintos y puso en transparencia sus nativas cualidades características.

Supo manifestar las raras tendencias de su naturaleza nativa, á la vez que propender á la mayor espansión de la conciencia de su estirpe.

Tanto en las expresivas creaciones de su ingenio como en las nobles instituciones que contribuyó a fundar, ha dejado las huellas luminosas de las aspiraciones y de las cualidades distintivas de las razas primitivas americanas de que era su más elocuente y glorioso ejemplo.

VIII

EL estudio que más clara idea dá de las creencias morales y de las doctrinas filosóficas de Altamirano, es la *Biografia de Ignacio Ramirez*, el mas atrevido pensador que ha producido Mégico y la América.

Ramirez, fué como Altamirano, un rebelde adversario de la conquista castellana y á la vez, un poderoso reformista filosófico en el órden de las ideas y las creencias legadas por la colonia á los pueblos americanos.

Fué el precursor en América de los estudios científicos de la naturaleza que tan admirable escuela han fundado en Alemania con sus análisis de la materia y la fuerza, aplicadas como leyes de la naturaleza.

Pues, bien, Altamirano lo definió conforme á su propio credo científico é histórico:

«Ignacio Ramirez, pues, fué educado desde su infancia en las ideas patrióticas y liberales mas puras, al lado de su padre, uno de los patriarcas de la democracia y de la reforma en nuestro país, y como dice un biógrafo: «*Desde*

mui niño se sintió arrastrado por las tempestades políticas,» pudiendo asegurarse que desde entónces se templó su espíritu para la lucha que debia sostener durante su vida entera,contra aquella presión de la que su padre habia sido el enemigo constante y resuelto.»

Narrando el escándalo que causó en las gentes de sotana, que en Mégico han abundado tanto y siendo tan perversa como la de cogulla de Chile, del Ecuador y del Paraguay, Altamirano pinta el efecto de la declaración de Ramirez en la Academia de Letras: *«No hai Dios; los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismo.»*

«En efecto, exclama, la aparición de ese jóven, que venia á reproducir las doctrinas de Lucrecio en medio de aquellos hombres que rimaban la Biblia, como Carpio y Pesado, que cantaban á la Cruz y á Jerusalen como los Lacunza, y que aunque no todos viejos ni retrógrados, eran sin embargo creyentes, debió causar no solo sorpresa sino pavor. Y luego, trasmitida la noticia con la exageración consiguiente, y sin contrapeso de la riqueza científica y de la belleza de la forma, á una sociedad dominada completamente por las ideas religiosas y por el clero, y en que habian acabado por triunfar los principios intolerantes proclamados por la primera revolución de *religión y fueros,* era preciso que causase un azoramiento difícil de describir, y que no tardó en convertirse en odio contra el réprobo que así se atrevía á descorrer el velo que ocultaba el santuario de las creencias comunes.

«¡Un ateo! Hoi mismo, en el último decenio casi del siglo XIX, en una sociedad más adelantada, en la que se han proclamado como dogmas la libertad de pensamiento y las doctrinas más avanzadas en filosofía, la presencia de un hombre que ataca las ideas religiosas, causa todavía grande impresión en su auditorio, siquiera este auditorio sea científico.

Júzguese, pues, cuál sería la producida por las teorías de Ramirez, expuestas con la firmeza que dá la convicción,

en medio de aquella sociedad compuesta de literatos que habían recibido una instrucción completamente metafísica, y en una época en que los hombres políticos mas audaces, hasta aquellos que figuraron después en la Reforma, hacían alarde todavía de ser hijos fieles de la Iglesia católica romana, y de cumplir aun los preceptos mas triviales de una devoción vulgar.

Ramirez tomó las proporciones de un monstruo á los ojos de esta gente, y el escándalo que los santurrones azuzados por los frailes armaron en torno del joven estudiante, fué perseguirlo hasta su retiro. Otro que Ramirez habría acabado por intimidarse ante los efectos de sus doctrinas; pero él, apostol entusiasta de la libertad de pensamiento, representante avanzado de una nueva éra, estaba resuelto á continuar su obra; su espíritu altivo y honrado se subleva contra el estado de cosas político y social que como una atmósfera deletérea ahogaba al pueblo megicano en aquella época. Porque aquella fué precisamente la época nefasta de las revueltas vergonzosas, de los motines pretorianos pagados en las sacristías, que ensangretaron el poder en provecho del clero y de los ricos, y que tenian por resultado inevitable la muerte de las libertades públicas y la extenuación nacional, ante el extrangero que nos acechaba.»

Ignacio Ramirez fué la encarnación del libre pensamiento que triunfó con Juarez, reorganizando la República, haciendo efectiva la Independencia y formando de Mégico una nación modelo de democracia en América.

Altamirano ha escrito sus más hermosas páginas al desenvolver la historia de ese pasado que es un emblema de redención para su patria.

IX

Los críticos de su labor literaria, ensalzan sobretodas sus obras, su novela *Clemencia,* en la que, sin duda, encerró sus ideales íntimos de poeta y de pensador de la libre naturaleza.

De este carácter tierno son las producciones intituladas:—*Antonia y Beatriz; Cartas Sentimentales; Cartas á una Poetisa* y *La poesía Lírica en 1870.*

Una de sus obras serias notables, es la denominada *Dramaturgia Megicana.*

Pero, refunden sus sentimientos mas delicados sus *Rimas,* coleccionadas en un libro que es un albnm de sus amores y de sus ideales.

Cual flores de un rosal cargado de aromas, reproducimos algunas de sus más aplaudidas poesías:

EL AÑO NUEVO

Un año más! Con risa ó con jemido,
El puerto, apenas, fatigado alcanza
Peregrino el mortal, cuando se lanza
De nuevo al porvenir desconocido.

Quién lamenta en el viaje el bien perdido,
Quién vislumbra un tesoro en lontananza;
El jóven ve la dicha ó la esperanza;
El viejo vé la tumba y el olvido.

Nauta es el hombre, el año mar oscuro
Donde tal vez Fatalidad traidora
La sirte oculta del dolor futuro.

Naufragio horrible ó playa salvadora
Nos aguardan; él piélago inseguro
Hienda la nave con osada prora.

A ELODIA HERNANDEZ

(En su Album)

Tu nombre evoca un recuerdo,
A la par dulce y amargo,
De la estación más ardiente
De mis juveniles años.

Bello tiempo de esperanzas,
De rudos combates diarios;
¡ Las glorias de la tribuna!
¡ La embriaguez de los aplausos!

¡ Los patrióticos delirios,
De la fama los halagos,
El inmenso amor del pueblo
I el odio de los tiranos!

¡ Qué hermosos aquellos dias !
¡Y cuánta virtud! y ¡cuánto
Esfuerzo noble y heróico
De valor y de entusiasmo !

¿ Tesoros ?... ¿ No los tenía
Nuestra juventud acaso,
En su vigor y su fuerza
Y su porvenir guardados ?

Atlétas del pensamiento
Y en la Libertad soñando,
Para nosotros, la vida
Era de la lid el campo.

Un deleite el sacrificio,
Como el peligro un encanto,
La miseria nuestro orgullo
Y un pedestal el cadalso!

¡ Qué hermosos aquellos días
En que el puro fuego patrio
Unió nuestros corazones
Con indisolubles lazos!

¿ Quién era el audaz tribuno?
¿ De dónde vino aquel mago
Que así enfrenaba las olas
Del mar del pueblo irritado?

De entre las sombras surgía
Y era un mancebo gallardo,
Sin más armas ni blasones
Que su talento preclaro.

De las costas orientales
El sol, su sangre abrasando,
Formóle para las luchas
Paladín resuelto y bravo.

Sobre las playas del Golfo
Pensativo y solitario,
De lo sublime enseñóle
La inmensidad los arcanos.

Diéronle ímpetu los vientos,
Su firmeza los peñascos
Y su voz las tempestades
Terribles del Oceáno.

La madre Naturaleza,
Pródiga en sus dones raros,
Fué con él, para el combate
Gigante quiso formarlo.

Era tu padre, Elodía,
Era el hombre idolatrado,
A quien, hoi, sólo tributa
Mégico el culto del llanto.

¡ Qué hermosos aquellos días !
¡ Hermosos como lejanos !
La Victoria ornó sus sienes
Con inmarcesibles lauros :

Triunfó la noble bandera
Que llevó con fuerte brazo :
La Fortuna sonrióle
Breve tiempo, pero...¡ en vano !

Vino otra edad y, con ella,
Vinieron tiempos aciagos,
Las veleidades del mundo,
Dolorosos desengaños :

El batallar de la vida,
El hastió y el cansancio,
La ingratitud, la cicuta...
¡ La negra sombra del Hado !

Y aquel atleta pujante,
Triunfador republicano,
Cayó en tierra mudo y yerto,
Con el corazón sangrando.

***

Pero su gloria, Elodía,
Te cubre cual regio manto

Y en tu hermosura reflejan
Sus deslumbradores lampos.

Por eso á tus pies ofrezco
El culto fiel del hermano,
Y el amor del viejo amigo,
Como en aras de un santuario.

A OFELIA PLISSE

(EN SU ALBUM)

Yo no te vi jamás; pero hubo un dia
En que un patriota y jóven peregrino
Que de esa tierra donde existes vino
Hasta las playas de la patria mía,
Conmovido me habló de tu hermosura
Que de una diosa el don llamarse puede,
Y que admirable y rara, solo cede
A la santa virtud de tu alma pura.

—Cruzaba yo, me dijo tristemente,
Mi camino erial, desfallecido,
Temiendo sucumbir; mas de repente
Me encontré sorprendido
Al levantar mi dolorida frente,
Con un cármen florido,
Que resguardan altivos cocoteros,
Que enbalsaman oscuros limoneros,
Y que esmaltan jazmines i amapolas,
Y que mecen pujantes
De dos oceános las inmensas olas.

—Es Panamá la bella, la cintura
De la virgen América, allí donde
Del mundo de Colón el cielo escónde
La grandeza futura.

Como símbolo santo, hermoso y puro,
De esa edad venturosa y anhelada,
Cuya luz ya descubre la mirada
Del porvenir en el confin oscuro,
Existe una beldad, jóven, risueña,
Inteligente, dulce y seductora
Como un amante en sus afanes sueña,
Como un creyente en su delirio adora.

Es Ofelia, la diosa de ese suelo,
La maga de ese cármen encantado,
De dicha imágen, ideal deseado,
El astro fulgurante de aquel cielo.
La perfumada flor, la que descuella,
De corola gentíl, fresca y lozana
Abriéndose á la luz de la mañana
En los jardines ístmicos—es ella!

—Allí la admiración le erigió altares,
Incienso le dá amor,—la Poesía
Les consagra dulcísimos cantares;
Y un himno inmenso Libertad le envia
Entre el ronco suspiro de los mares

Yo la ví, la adoré—cual peregrino
A quién la mano del dolor dirige;
Adorarla y pasar fué mi destino.
¡Ai! yo me alejo, mi deber lo exije,
Más su recuerdo alumbra mi camino;
Yo llevaré su imagen por do quiera,
Y confundiendo en uno mis dolores
Y en un objeto uniendo mis amores,
Yo escribiré su nombre en mi bandera.

—Tú á esa tierra lejana
En las dóciles alas de los vientos
Envia de tu lira los acentos
A esa beldad que he visto, soberana.
Así me dijo el joven peregrino
Y siguió con tristeza su camino.

Mi alma adora lo bello, i cree, señora,
Te conoce sin verte, y su fé es tanta,
Que como al Dios á quién no ha visto, ahora
Como ha cantado á Dios, así te canta,
Como ha adorado á Dios, así te adora.

LA CRUZ DE LA MONTAÑA

(FRAGMENTOS)

No tienes más adorno que las flores
Que el inocente leñador cortara,
Que los esbeltos juncos cimbradores
Para alfombrar el césped de tu ara.
O de campestres lirios, la cadena
Que pastora infeliz ofreció pía,
Cuando con labio trémulo pedía
Tu protección en su amorosa pena.

Te dá sus perlas la naciente aurora
En argentada lluvia de rocío,
El iris con las tintas te colora
El sol de las mañanas del estío:
La piedra de tu altar, arrulladora
Lame la blanca linfa de ese rio,
Que va después, entre la selva oscura,
El soto á fecundar y la llanura.

Así te quiso el Redentor del mundo,
Que te escogió en el bosque centenario
Para abrazarte con dolor profundo
En su santo martirio del Calvario;
Y así debes estar, entre las flores,
En tus añosos bosques escondidos,
Consolando los tímidos dolores,
Aliviando los pechos oprimidos.

¡Santa y sublime Cruz! ¡soy desdichado!
Ruje la tempestad de los pesares
Dentro mi corazón desesperado.
¡Vengo á buscar consuelo en tus altares!
Dame de mi niñez blando el sosiego;
Que vuelva al corazón la antigua calma;
¡Consuelo del cristiano, te lo ruego!
Yo tengo mustia y dolorida el alma.

Yo quiero aquí olvidar; busco un asilo
En ti, mi dulce y única esperanza;
Aquí en tu altar descansaré tranquilo;
Aquí hallaré la paz y la bonanza!
Y cuando enlute el velo funerario
Mi triste frente, y al dolor sucumba,
Tú, Cruz humilde, cubrirás mi osario,
Y tus violetas ornarán mi tumba.

LOS NARANJOS.

Perdiéronse las neblinas,
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra,
Su torrente abrasador.

Y se derriten las perlas
Del argentado rocío
En las adelfas del río
Y en los naranjos en flor.

Del *mamey* el duro tronco
Picotea el *carpintero*,
Y en el frondoso *manguero*
Canta su amor el *turpial*.

Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas,

Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.

Déja el baño, amada mía,
Sál de la onda bullidora;
Desde que alumbró la aurora
Jugueteas loca allí.

¿Acaso el genio que habita
De ese río en los cristales,
Te brinda delicias tales
Que lo prefieres á mí?

¡Ingrata! ¿Por qué riendo
Te apartas de la ribera?
Ven pronto, que ya te espera
Palpitando el corazón.

¿No ves que todo se agita,
Todo despierta y florece?
¿No ves que todo enardece
Mi deseo y mi pasión?

En los verdes tamarindos
Se requiebran las palomas;
Y en el nardo los aromas
A beber las brisas van.

¿Tu corazón, por ventura,
Esa sed de amor no siente,
Que así se muestra inclemente
A mi dulce y tierno afán?

¡Ah, no! perdona, bien mío;
Cedes al fin á mi ruego,
Y de la pasion el fuego
Miro en tus ojos lucir.

Ven, que tu amor, virgen bella,
Néctar es para mi alma;

Sin él, que mi pena calma,
¿Cómo pudiera vivir?

Ven y estréchame, no apartes
Ya tus brazos de mi cuello,
No ocultes el rostro bello,
Tímida huyendo de mí.

Oprímanse nuestros labios
En un beso eterno, ardiente,
Y trascurran dulcemente
Lentas las horas así.

....

En los verdes tamarindos
Enmudecen las palomas;
En los nardos no hay aromas
Para los ambientes ya.

Tú languideces; tus ojos
Ha cerrado la fatíga,
Y tu seno, dulce amiga,
Estremeciéndose está.

En la ribera del río
Todo se agosta y desmaya:
Las adelfas de la playa
Se adormecen de calor.

Voy el reposo á brindarte
Del trébol en esta alfombra,
A la perfumada sombra
De los naranjos en flor.

———

X

Al estudiar las etapas de la vida y del ingenio de esta rara y poderosa individualidad indígena, que esparce tanto brillo y tan viva luz, se viene á la mente la idea de que si la raza que diò este admirable producto hubiese sido dirigida por un pueblo de civilización libre, sin supersticiosas preocupaciones religiosas, sin diferencias sociales, cuan grandes sorpresas no habría dado al universo!

Colón para convencer á los sábios que combatían sus principios geográficos, se fundaba precisamente en la esfera geométrica y probó con el descubrimiento del Nuevo Mundo la exactitud de sus doctrinas científicas.

Del mismo modo el vigor de la raza americana en su organismo y en su caracter, nos está diciendo que esas facultades enérgicas estimuladas por una educación que no hubiese restringido su libre albedrío, habría originado prodigios. Altamirano es la comprobación más elocuente y gloriosa.

Las razas nativas americanas estaban dotadas de cualidades naturales maravillosas.

El heroismo manifestado en las batallas, su amor invencible al suelo patrio, sus principios sociales y la unidad de su aspiración común á la conservación de la soberanía territorial, están evidenciando sus condiciones geniales para servir de fundamentos á una nacionalidad poderosa.

¿Por qué ahora los pueblos generados por esa raza no son todos libres ni democráticos, como eran sus inclinaciones de origen, sus manifestaciones de instinto?

Porque la conquista dejó, en sus tres siglos de dominación colonial, inculcados en ellos sus vicios morales,

como las preocupaciones sociales, las creencias sobrenaturales y las desigualdades de fe en el progreso de las ideas y de las condiciones de la vida.

El progreso moderno los va emancipando, á medida que disipa las tinieblas del pasado de su conciencia y de la legislación que ha regido su educación y sus destinos.

La organización nueva de la sociabilidad americana, bajo los auspicios de instituciones libres y democráticas, corresponde de un modo armónico y evidente á los orígenes de las razas primitivas del continente que no tenía ni dioses tutelares, ni sacerdocios de naturaleza extraña á la humanidad, ni clases privigiadas, con derechos superiores á los de la generalidad de los individuos, desconociendo por completo la propiedad feudal y manteniendo la igualdad más absoluta, aún hasta respecto de sus caudillos, de sus jefes y de sus héroes.

El espíritu de uniformidad de la civilización moderna, es el mismo de las nativas inclinaciones de los pueblos americanos.

La independencia de caracter, la altivez de pensamiento y la vivacidad de la raza están definidas como cualidades geniales en el ilustre americano que representa esta monografía.

XI

Los hábitos domésticos del ilustre indígena megicano, son todavía una nueva demostración de la superioridad de su espíritu.

Si sus triunfos portentosos en poco más de una década de estudios y de un cuarto de siglo de acción establecen la fuerza de su voluntad, sus costumbres dan una mayor prueba de la delicadeza de su alma y de la ternura de sus sentimientos de hombre culto.

Bondad, afectuosidad, sencillez, fraternidad, ternura, caracterizan todos sus actos internos.

Vivía en Mégico, al lado de la familia que había fundado, unido á la única mujer que amó, en un edificio apartado, ruinoso, que era resto de un convento.

Sus discípulos llamaban aquel retiro las *Rejas de la Concepción.*

Allí lo fué á buscar un día la curiosidad, sorprendida por su genio, de un político chileno, (*) á quién le oímos, en 1890, apreciar con entusiasmo las bellas cualidades de su caracter.

Su patio estaba poblado de jaulas con pájaros cantores, los que producían el bullicio de los bosques y de las montañas del valle natal del dueño de casa.

Un loro y un perro fiel completaban la zoología del edificio. Más, su gabinete era un encantado nido de autores afamados. Como en museo de bellas artes brillaban las lujosas pastas de los libros en las estanterías de vidrieras relucientes.

Y él, su dueño, el mago de la elocuencia y del buen gusto, limpio, modesto, alegre, con el sombrero siempre colocado sobre su altiva cabeza, conversaba, dirigía, enseñaba, corregía, con bondad, á sus discípulos que iban á pedirle experiencia y más afecto en su retiro después de las aulas.

Mañana, en la historia de su patria, se dirá con certeza, que en la casa de las *Rejas de la Concepción,* brilló el fulgor de su genio en la cátedra de su hogar, que fué el hogar de la juventud estudiosa é inteligente de su tiempo.

(*) El Senador don Pedro Lucio Cuadra.

XII

La cualidad distintiva que reconocen los escritores á Altamirano, muy especialmente sus discípulos, es la de su sincero y nunca desmentido afecto á todas las inteligencias pensadoras de su patria.

Así como su patriotismo resplandece hasta en sus novelas, pues en *Clemencia* procura hacer amar la belleza de su suelo, en las páginas dedicadas á Guadalajara, del mismo modo brilla su entusiasmo por los ingenios de su país.

Este concepto se justifica con sus *Recuerdos Literarios*, en los que traza una série de bocetos cariñosos de todos los talentos natales, por modestos que parezcan.

Sin embargo, esta virtud de su caracter no ha sido imitada ni correspondida por algunos de sus compatriotas.

Los anales de la literatura megicana publicados en La América Literaria, en 1892 en Buenos Aires, ni aun invocan su nombre con el recuerdo.

Esta injusticia es símbolo de odiosidad mezquina ó de envidia desdorosa.

El cantor de *Las Amapolas*, el autor selecto del canto á *Las Abejas*, no podrá ser jamás sepultado en el olvido.

Su labor de cerca de 40 años, ha sido tan fecunda que sus resultados no pueden ser oscurecidos ni borrados por la ingratitud ó la mala fé.

Altamirano empezó su carrera en 1857, desde las aulas del Colegio Nacional de San Juan de Letran, ensayando, con vigor, sus alas de águila, en el periodismo, terminando su vida en Europa en servicio de su país, cuando los años le pedían el descanso de su hogar,

Desde hacia algun tiempo, residía en Paris, desempeñando el cargo de Consul General de la República de Mégico.

Al partir hacia Francia, el Liceo Megicano celebró una sesión solemne para darle la despedida y sólo uno de sus ilustrados miembros, Justo Sierra, prescintió que la nostalgía del suelo natal podía arrebatar al patriota á su país.

Durante su permanencia en París, fué acogido con vivo afecto por el Círculo de la Prensa, como representante de la Prensa Asociada de Mégico.

Así mismo, asistió como delegado del gobierno de Mégico al Congreso de Ciencias Geográficas de Berna, en donde fué aclamado por su elocuencia. En aquel parlamento científico, representaba además á la Sociedad de Historia y de Geografia de Mégico, de la cual era vicepresidente.

En el banquete de clausura del Congreso Geográfico, celebrado en Bellewse, Altamirano arrebató á los representantes de todas las naciones con su elocuencia tribunicia, hablando en francés, enalteciendo la Suiza republicana.

Mr. Droz, brindó en esa fiesta de la inteligencia y del progreso moderno universal, en esta expresiva forma:

—Por la patria comun, la tierra; y por el común soberano, el ideal!

Altamirano, al caer vencido por la destructora ley de la naturaleza que renueva la vida en la muerte, se encontraba en Italia.

Obedeciendo sus postreras disposiciones, su cadáver fué incinerado y sus cenizas conducidas á París, al cementerio del Padre Lachaise, en una urna de madera de naranjo.

Falleció el dia 13 de Febrero del presente año y los afiliados de la frac-masonería se hicieron cargo de sus funerales, colocando en su ataud las iniciales de la logia: una *G*, encerrada por la escuadra y el compas.

Diego Vicente Tejera, narra esta piadosa ceremonia con estas sentidas palabras:

«La ceremonia fue sencilla y solemne. El ministro de Mégico y su secretario, don Gustavo Baz, trazaron con viveza la historia accidentada de aquella vida tan fecunda, y un poeta francés dijo cosas que sonaron mui bien en nuestros oidos americanos y fueron un pase de esponja más sobre aquella página luctuosa de 1864. Y bajamos la pequeña urna á una fosa grande, la sepultamos literalmente bajo una capa de flores... y la dejamos allí, hasta que manos piadosas la conduzcan al seno de la patria.«

XIII

Ignacio Manuel Altamirano dió su tributo supremo á la naturaleza, cumpliendo solemnemente sus creencias de hombre libre, en los dias de prosperidad y grandeza de su patria, que él contribuyó á conquistar con su palabra, con su pluma y con su espada.

La República de Mégico le es deudora de una estátua, porque en él se glorificará así misma haciendo justicia á su raza.

El esplendor alcanzado por su literatura, la admirable solidez de sus instituciones, bajo la égida del ilustre y glorioso caudillo de su independencia y de su pacificación, el ilustre general Porfirio Diaz, su benemérito primer magistrado, son otros tantos atributos fecundos dimanados de la generosa y perseverante labor de aquel poderoso pensador que le consagró todos sus ideales y que encarnó, con admirable serenidad de carácter y de doctrina, el espíritu de la estirpe fundadora de su nacionalidad.

La América tendrá un ejemplo perdurable en la memoria de este poeta indígena civilizador.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Un Poeta Indígena.	$ 0.40
Las Campanas.	1.00
Reforma Legislativa.	0.25
La Guerra de Rebelión.	0.50
El Diamante Negro del Siglo	0.80
Album de Justicia.	0.50
Diccionario Biográfico Nacional	2.00
Literatura Chilena.	[illegible]
Gloria Póstuma.	[illegible]
Pensadores Americanos.	1.[illegible]
Páginas Truncas.	[illegible]
Esbozos Literarios.	[illegible]
La Sombra del Genio	0.[illegible]
Diccionario Biográfico Chileno (agotado)	5.00
Periodistas Nacionales.	[illegible]
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]

Prosistas y Poetas de América Moderna.	2.00
Romelia.	0.40
El Leñador.	0.25
La Cortesana.	0.25
Locas de Amor.	0.75
Tradiciones y Leyendas.	0.40
Historia de un Ro[illegible]	0.[illegible]
[illegible] del [illegible]	0.[illegible]
[illegible]	[illegible]
[illegible]	1.00
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]

